Fuera de VALIJA

UN MAGNIFICO EMBAJADOR

18 mayo 1946

El lector español conoce ya, sin duda, las memorias del ex embajador de los Estados Unidos en Madrid, Carlton J. H. Hayes, relativas a su misión diplomática en la España de Franco durante casi tres años de la guerra mundial. El señor Hayes era hispanófilo, profesor de Historia moderna de Europa y católico, títulos sobrados para merecer el puesto. Al marchar a ocuparlo, recibió el señor Hayes el encargo de mantener la "neutralidad" de Franco, contrarrestar la influencia nazi en España, impedir la invasión de la Península por las tropas nazis y evitar que Gibraltar cayera en manos de Hitler; en resumen, conservar a España apartada de la guerra y fomentar la amistad de los Estados Unidos con el gobierno franquista. El señor Hayes llegó a España con temores de que se le recibiera mal y comprobó, en efecto, que todas las simpatías del elemento oficial estaban por el Eje. El nuevo embajador inició en seguida su inteligente labor (inteligente, según él) para atraerse a ese elemento oficial, y, en general, a la sociedad española. Su señora se puso a hacer punto de gancho con otras damas españolas, con fines benéficos y humanitarios; en la embajada empezaron a servir te con pastas a todo el mundo, y la misión diplomática fué transcurriendo felizmente. ¿De qué truco se valió el señor Hayes para ello? De ninguno. La cosa fué sencillísima. El había ido a España a luchar contra el Eje y no a derribar a Franco: luego, no tenía por qué meterse en asuntos de política interior española. En el fondo, el señor Hayes, como norteamericano, era, en principio, enemigo de las dictaduras, del totalitarismo, etc. Pero, como católico, no podía por menos que reconocer que... en fin... las iglesias incendiadas, las monjas y los curas asesinados por los rojos... ¿qué quiere usted? ¡Lo que todo el mundo sabe! Al embajador católico no se le ocurrió, sin embargo, visitar en la cárcel de Carmona a los sacerdotes vascos perseguidos por Franco. En suma, el señor Hayes no tenía por qué tomar partido en nuestros pleitos internos. Allá los españoles con sus odios y divisiones. ¡El, a apaciguar a Franco!

Claro que los españoles hubieran podido decirle, por ejemplo: "Pero, si usted, señor embajador, se declara indiferente ante el drama español, ¿por qué narices pretende que nos interesemos nosotros por el drama aliado? Si a usted no le importa nada que en España haya República o mande Franco, ¿por qué quiere usted que nos preocupe que en los Estados Unidos gobierne Roosevelt o un "gauleiter" nazi?" Ningún español republicano de los que el embajador trató le dijo nunca, sin embargo, nada parecido. Los españoles republicanos son, en efecto, hombres que sienten una entrañable y acendrada solidaridad con todos los hombres y todos los pueblos del mundo. Aun en su desgracia y su martirio, no podía serles indiferente a los republicanos españoles la suerte de la gran democracia norteamericana. Deseaban que subsistiera y saliera victoriosa de la contienda, por lo que ese gran pueblo significa como hogar de la libertad, representación viva de la democracia, factor de progreso y de civilización y esperanza del mundo. Pero, en cambio, el embajador de ese gran pueblo, cuando pedía el apoyo de los españoles, parecía decirles: "Ustedes ayúdenme, pero de mí no esperen ninguna ayuda".

El había ido a Europa únicamente a "apaciguar" a Franco, y como su labor diplomática, con tinte de neutralidad en los asuntos españoles, habría de conducir a fortalecer a Franco en el poder usurpado, ¡allá luego los españoles que se las entendieran con Franco!

Al principio, el embajador se encontró con un ministro de Estado muy germanófilo, muy germanófilo, el cuñadísimo Serrano Suñer, que, rodeado de insolentes falangistas, ¡le hizo cada feo y le soltó cada fresca! Pero el embajador: "¡Chitón y a la carreta!", como aconsejaba aquel párroco rural al labrador cornúpeta.

Afortunadamente, tal energúmeno ministerial fué sustituido por el conde de Jordana, "caballero de modales acogedores y fino sentido del humor", según el señor Hayes. Comienza entonces un verdadero idilio entre el embajador de Roosevelt y el ministro de Franco. Jordana resulta un redomado aliadófilo, con unas ganas tremendas de que los Estados Unidos e Inglaterra ganen la guerra... Cosa que pide el embajador Hayes, cosa que otorga el ministro Jordana, aunque a veces tenga éste que reñir con Franco, con Falange y hasta con el mismo Hitler.

Leyendo las "memorias" de Carlton J. H. Hayes, se convence uno de lo mucho que consiguió este embajador en España, y de cómo cambió radicalmente la situación en aquel país para los aliados, hasta el punto de que hay motivos para sospechar que si los aliados ganaron la guerra fué principalmente merced a la ayuda que les prestó Franco. Por lo menos así parece desprenderse de las memorias de Carlton J. H. Hayes: paso de degolistas por España, para incorporarse a las fuerzas de la Francia combatiente; libertad de aviadores ingleses caídos en España; internación, en cambio, de los alemanes; ayuda a los barcos ingleses; embargo de los barcos italianos; guerra económica contra Alemania y favorable a los aliados; batalla del wolfram, escaramuzas del petróleo, combates de la censura periodística; todo, en fin, fué desarrollándose tan a gusto del embajador, que quien sepa leer entre líneas sus "memorias" comprende fácilmente que si los aliados ganaron la guerra no fué por el desembarco en Africa del Norte, y las batallas de Trípoli; ni por el desembarco en Italia y el derrumbe del ejército fascista; ni por el desembarco en Normandía y las batallas en tierra francesa; ni por la heroica resistencia del Ejército Rojo, y luego por los avances de éste y de los ejércitos angloamericanos hasta el corazón de Alemania. Llega uno a pensar, en fin, que la victoria aliada no fué ganada por la mucha sangre derramada por los combatientes, ni por los muertos que no pueden levantar ya su voz para contar su heroísmo, ni por la superioridad naval, aérea y terrestre de los aliados, ni por los bombardeos implacables contra Alemania, ni siquiera por el empleo de la bomba atómica. La guerra, en efecto, no parece ganada, según las "memorias" del embajador, por nada de esto, sino por la ayuda que Franco prestó a los aliados, gracias a la inteligente labor diplomática desarrollada en España por el católico embajador Carlton J. H. Hayes.

Si esto es así, lo que procede es levantar en Nueva York una estatua a Franco, en lugar, por ejemplo, de la Estatua de la Libertad. Una bonita estampa, para el católico Carlton J. H. Hayes, sería, sin duda alguna, la del "Generalísimo iluminando al Universo", con una antorcha en la mano, así de grande, a cuya potente luz todos estaríamos leyendo embelesados las memorias diplomáticas del estupendo embajador norteamericano, o "le diplomate magnifique".

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.2G/1204